



GENERO, TRABAJO Y FAMILIA: VARONES TRABAJANDO

Irene Meler*

Resumen

Este artículo expone hallazgos de una investigación realizada por el Programa de Estudios de Género y Subjetividad de UCES, sobre Género, trabajo y familia, correspondientes a la situación laboral de los entrevistados varones. La autora analiza la relación que existe entre la masculinidad subjetiva y el estatuto social, postulando que esta relación es positiva. Se destaca la importancia del vínculo paterno-filial para la construcción de las actitudes y de las habilidades laborales masculinas. Los eventos vitales tales como la formación de una pareja y el nacimiento de hijos, afectan de modos específicos a los hombres, de acuerdo a cómo sea su estilo de masculinidad. También, se describe la forma en que el desempeño laboral se ve afectado por el estado de salud mental de cada sujeto. Es posible establecer, a partir de la observación de los varones considerados como exitosos, la coexistencia de dos estilos de masculinidad. Uno de ellos se caracteriza por los rasgos de carácter obsesivos (tal como los describe el psicoanálisis) y corresponde a la masculinidad moderna. El otro, implica una integración de los aspectos femeninos y surge en los sectores postmodernos. Finalmente, la autora realiza algunas consideraciones acerca de la articulación que se observa entre las circunstancias contextuales, las representaciones sociales y la subjetividad.

Palabras claves

Masculinidad, trabajo, familia, salud mental.

Summary

This article states the findings of a research carried out within the 'Program of Studies on Gender and Subjectivity'¹ of UCES, on Gender, work and family. Such findings are related to the working situation of male interviewees. The author analyses the existing relation between the subjective masculinity and the social pattern, stating that such relation is of the positive type. It is worth noting the relevance of the father-son tie as to the construction of the male attitudes and working skills. Vital events such as settling down and establishing of a family as well as the birth of children, affect men in specific ways, according to the style of masculinity of each man.

* Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA). Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). E-mail: iremeler@fibertel.com.ar.

¹ 'Programa de Estudios de Género y Subjetividad'.



Additionally, this article offers an approach to the way in which performance at work is affected by the state of the mental health of each subject. Therefore, it is possible to establish, on the basis of the observation of men regarded as successful, the coexistence of two styles of masculinity: One is characterized by obsessive features (as described in psychoanalysis) and corresponds to the modern masculinity. The other style implies an integration of feminine aspects and arises among the postmodern groups. Finally, the author shares some considerations regarding the articulation observed among the contextual circumstances, the social representations and the subjectivity.

Key Words

Masculinity, work, family, mental health.

I- Introducción

El Programa de Estudios de Género y Subjetividad, que depende del Instituto de Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales de UCES, está llevando a cabo un estudio sobre *Género, trabajo y familia*, dirigido por la Dra. Mabel Burin, en el que me desempeño como investigadora principal. Hemos entrevistado de forma individual a los integrantes de veinte parejas conyugales, con hijos convivientes, indagando sobre temas relacionados con el ámbito laboral y con la vida familiar. En esta ocasión expondré algunos hallazgos de la investigación, relacionados con la inserción y con el desarrollo laboral de los varones estudiados, así como las reflexiones e inferencias que me sugieren.

Se trata de veinte hombres, cuyas edades oscilan entre treinta y cuarenta y cinco años. En cuanto a su nivel económico social, se encuadran dentro de los sectores medios de la sociedad, pero su situación presenta una amplia variabilidad en ese aspecto. Diez de ellos son parte de una familia donde la pareja conyugal está unida en primeras nupcias, mientras que los otros diez forman parte de familias ensambladas, o sea, familias constituidas a partir de segundas nupcias, de uno o ambos cónyuges.

El marco teórico que me asiste para realizar este análisis conjuga dos perspectivas. Una de ellas deriva de mi formación y práctica clínica como psicoanalista y la otra, de mi inserción dentro del campo interdisciplinario de los estudios de género. El psicoanálisis permite obtener esclarecimientos acerca de los determinantes inconscientes de las conductas observadas, y su principal clave explicativa se refiere a la psicosexualidad. Los estudios de género toman por objeto la condición social y subjetiva de las mujeres y de los varones, así como las relaciones que se establecen entre ambos. En el estudio de estos vínculos, se atiende de forma especial a las relaciones de poder como categoría de análisis, ya que las relaciones entre los géneros se han caracterizado a lo largo de la historia humana por el dominio masculino y la subordinación femenina.



Hemos elegido como tema del estudio la articulación que existe entre el trabajo y la familia, debido a nuestra convicción acerca del nexo inextricable que une a la esfera íntima con el ámbito público. Las relaciones amorosas, ya sean tiernas o sexuales, no se comprenden de forma cabal si no se percibe su vínculo con los juegos de poder que derivan, entre otras fuentes, de los recursos económicos que cada sujeto posee. A la inversa, el tipo de inserción laboral y el desarrollo que las personas logran en el ámbito del trabajo remunerado, reconocen estrechas relaciones con las experiencias habidas en la familia de origen, así como con la red de apoyo con que se cuenta por parte de la familia de alianza.

Se tiende a considerar que las relaciones íntimas se inscriben dentro del eje emocional que abarca desde el amor al odio, o sea que son los afectos, derivados de la psicosexualidad, los que circulan en ese ámbito. Sin embargo, también es posible estudiar los lazos familiares en función del poder que detentan los distintos integrantes de las familias. Los estudios sociales, los censos y las encuestas consideran de modo explícito como “jefe de familia” al miembro de cada unidad doméstica que aporte el ingreso más significativo. Esta denominación se refiere de modo explícito al poder, y la jefatura ha estado durante casi toda la historia humana en manos del varón más poderoso, ya se tratara del patriarca de una familia extensa o del padre varón en una familia nuclear.

La condición de proveedor, si no exclusivo, al menos principal, que han detentado los hombres casados, se ve conmovida profundamente en la actualidad debido a la crisis del empleo. Sin embargo, existen casos en que aún cuando el varón ya no aporta el ingreso principal, la tradición cultural induce a considerarlo como jefe, y así se reporta en las encuestas de hogares. Las situaciones familiares en las que la jefatura está, de modo explícito a cargo de la mujer, presentan características intersubjetivas particulares, que en buena medida se deben al hecho de que constituyen una modalidad inédita para las relaciones de pareja conyugal.

Por otra parte, el ámbito laboral es considerado por el sentido común como una esfera contractual, donde los intercambios sociales se sustentan en el cumplimiento de metas y en la cual se crean jerarquías de modo explícito, en función de los talentos técnicos y/o políticos que desarrollen los sujetos. Sin embargo, los afectos también circulan en esos espacios, y su influencia en los desempeños y en el funcionamiento institucional, es percibida claramente en la actualidad. Las técnicas contemporáneas de asesoría institucional operan sobre las relaciones y los conflictos emocionales no explícitos que se desarrollan en las empresas. La desorientación actual acerca de los caminos adecuados para obtener resultados económicos favorables, ha conducido a una psicologización de la asesoría empresarial, que busca apoyo en los estudios del campo de la subjetividad, a falta de una guía económica confiable.



Si iniciamos nuestro estudio sobre estas bases, veremos que los varones entrevistados han elegido distintas ocupaciones como medio de vida y sus logros también son disímiles. Sin embargo, es posible captar un denominador común para la mayoría de los casos: la estrecha relación que existe entre su forma de ubicarse al interior del género masculino y su estatuto social.

II- Género masculino y nivel económico social

Un primer hallazgo del estudio permite afirmar que, en muchos casos, si un varón ha logrado ser “masculino” en el sentido que convencionalmente se asigna a esa denominación, es probable que goce de una condición social que él mismo estime como satisfactoria. Esta afirmación implica una profunda diferencia con lo que se observa en el caso de las mujeres. En efecto, las mujeres que se caracterizan por una subjetividad muy “femenina” en el sentido clásico, no suelen alcanzar un desarrollo laboral significativo, debido a que la feminidad tradicional se caracteriza por la falta de autonomía. Más aún, se ha descrito “el miedo al éxito” (Horner, M., 1968) que padecen muchas mujeres, debido a que su atractivo erótico femenino y sus relaciones amorosas, se pueden ver afectados de modo negativo por el hecho de que demuestren capacidad laboral o ejerzan poder en la esfera pública. Esta situación no implica de modo automático que las mujeres “femeninas”, cuya subjetividad se ha construido de modo tradicional, se ubiquen en los estratos sociales bajos o medio bajos, porque para muchas mujeres, la alianza conyugal define en buena medida cual será su condición social. Por lo tanto, si en lugar de desplazar su agencia para el trabajo, una mujer logra desempeños destacados en cuanto a su capacidad para constituirse en objeto del deseo masculino (Winnicott, D., 1972), y en un indicador de distinción social para su familia, es posible que logre establecer una alianza conyugal con un varón exitoso, a partir de la cual su nivel económico social será elevado. Claro está que se arriesga, según sean las características del vínculo, a ser la pariente pobre de una familia rica, y esa condición de precariedad, que deriva del hecho de que su estatuto social depende de la alianza matrimonial y no del trabajo o de sus recursos personales, se hace evidente cuando se produce un divorcio y su nivel de vida desciende de modo significativo. Pero en el caso de los varones, con la excepción de aquellos que disfrutaban de bienes heredados, o de unos pocos que integran relaciones de pareja donde los roles de género tradicionales se han invertido, es posible captar la forma en que su capacitación para el trabajo, el proyecto de carrera o la ausencia del mismo y sus logros o fracasos laborales, se relacionan de modo estrecho con la forma en que hayan resuelto su sexualidad y sus vínculos identificatorios con el padre o con figuras sustitutivas. Esos desenlaces subjetivos estimulan la constitución de ciertos rasgos de carácter que cuanto más se asemejan al modelo masculino hegemónico para cada época, más favorables resultan para lograr una inserción social que se considere satisfactoria por parte del sujeto. Para captar la complejidad de la situación es necesario cruzar la variable de género con la que se refiere al sector



social. Una estrategia educativa y laboral exitosa no se sustenta hoy día sobre la masculinidad físicamente agresiva y transgresora que cultivan los sectores marginales, sino sobre la base de un modelo que aúna la autonomía, la tolerancia ante la angustia que genera la competencia, la capacidad de innovar, el talento para los vínculos y ciertos “habitus de clase” (Bourdieu, P., 1983) que permiten que el sujeto ascienda en la escala social.

Los varones que se caracterizan por un estilo masculino dominante, en la mayor parte de los casos se han capacitado para el trabajo realizando estudios de nivel superior. En la actualidad no existe, sin embargo, una asociación estrecha o lineal entre los estudios cursados y la ocupación que se desempeña. En ocasiones se produce una reconversión o un cambio de especialidad, pero incluso este proceso se desarrolla sobre la base de los logros cognitivos y pragmáticos que el sujeto adquirió a través de su formación educativa. Algunos de nuestros sujetos “exitosos”², han suplido la carencia de instrucción formal mediante el desarrollo de un elevado nivel de iniciativa, la capacidad de aprender de la experiencia y lo que se puede considerar como un cierto talento político, que los habilitó para negociar buenas condiciones de trabajo o promociones laborales.

Es posible formular la hipótesis de que en la actualidad, la socialización primaria de género tiene mayor efectividad para el logro de una ubicación social y laboral satisfactoria que el hecho de haber accedido a la educación superior. En efecto, mientras que las mujeres suelen estar sobre calificadas para sus trabajos³, ellos en ocasiones alcanzan posiciones superiores a lo que su nivel educativo podría augurar, y este logro se debe a los rasgos de carácter antes descriptos, tales como audacia, perseverancia, tolerancia a los riesgos y una elevada estima de sí.

Por el contrario, los varones de nuestro estudio que se desempeñan en ocupaciones de baja remuneración y escaso prestigio tienen, salvo alguna excepción, un bajo nivel de instrucción. Su trayectoria laboral ha sido errática, con escasa planificación. En algunos casos la ocupación dependió del azar, de lazos familiares o de oportunidades coyunturales. Existe un nexo entre el nivel ocupacional y los rasgos de carácter del entrevistado, aunque la relación no resulta lineal. Algunos de los sujetos que pueden ser ubicados dentro de los sectores masculinos subordinados, presentan una autoestima baja, temores e inhibiciones, tendencia a depender de los demás, o una deficiente percepción de la realidad económica y social. En otros casos, encontramos

² Entiendo como “exitosos” a los sujetos que han logrado una inserción laboral que les otorga prestigio e ingresos medios o elevados.

³ (Ver en este mismo número el artículo de la Dra. Mabel Burin).



personalidades impulsivas, cuya adolescencia fue más transgresora que lo que es usual en ese período etario. Esa impulsividad les impidió realizar una capacitación sistemática y limitó sus posibilidades para el futuro.

Las consideraciones realizadas acerca del nexo existente entre inserción laboral y subjetividad, no implican un desconocimiento de los efectos de la crisis laboral contextual. Sin embargo, en cada caso es posible ensayar una discriminación entre los determinantes vinculados con la construcción histórica de cada sujeto y los efectos accidentales derivados de cuestiones macrosociales.

III- El vínculo con el padre

Si elegimos dar prioridad para la comprensión de los sujetos, a los procesos de identificación con los objetos primarios de amor que permiten elaborar modelos o ideales para el sí mismo, comprobaremos la importancia especial que adquiere la relación con el padre en el destino laboral de los varones. Los hijos cuyos padres murieron cuando eran pequeños, experimentan una orfandad que excede los aspectos materiales o económicos. Se trata de una carencia respecto de una función que ha sido denominada como “mentor” o “donador” (Rodulfo, R., 1998; Meler, I., 2000; Fridman, I., 2000) y que consiste en la transmisión de algunos saberes necesarios para acceder al estado de varón adulto. Es necesario diferenciar esta función iniciática, respecto de la descripción clásica que las teorías psicoanalíticas realizan sobre el rol interdicator del padre varón. No me refiero entonces, a la necesidad de contar con un padre que prohíba la satisfacción inmediata de las urgencias pulsionales y habilite a su hijo de este modo para transformar su energía en logros socialmente valorizados. Sin negar la importancia de que ambos progenitores logren limitar la impulsividad de los hijos, deseo referirme a una función que se define no por aquello que prohíbe, sino por lo que enseña. El padre se ofrece como Modelo (Freud, 1921), pero al mismo tiempo transmite los saberes necesarios para alcanzar el propósito de asemejarse al ideal. Dado que el progenitor real no logra generalmente coincidir con el Modelo o Ideal, lo que opera como motor del crecimiento subjetivo del hijo es el hecho de compartir los ideales que el padre propone para el Yo adulto y masculino.

Para comprender este proceso que es interpersonal y a la vez intrasubjetivo, es conveniente recordar que la subjetividad se construye de modo generizado, o sea que el género es, según dice Emilce Dio Bleichmar (1985), un organizador mayor del psiquismo. De modo que no da igual tomar a la madre como modelo que hacerlo con respecto del padre, porque el niño no sólo desea llegar a ser grande, sino que ese proyecto se articula de modo inextricable con el deseo de ser hombre. Considero que ser masculino no es más que lo que se dice acerca del tema, es decir, que la masculinidad es un conjunto de representaciones colectivas que funciona de forma coordinada con las que se refieren a la feminidad, cuyo carácter suele ser polarizado y estereotipado. Esas representaciones contribuyen a la organización psíquica y afectan, desde



la constitución de los deseos que subyacen a los proyectos de vida, hasta los ideales propuestos para el Yo, pasando por las funciones o habilidades que el sujeto es capaz de desempeñar.

Sabemos que el hecho de que la crianza de los niños durante los períodos iniciales esté a cargo de la madre u otra mujer que la sustituya, genera una condición de proto feminización de los infantes humanos (Chodorow, 1984) debido a que el niño no se discrimina de quien lo asiste en su desamparo, sino que se percibe como formando parte de su objeto primario (Laplanche, J. L. y Pontalis, J.B., 1981). Los pequeños varones deben realizar un proceso activo para desidentificarse de su madre (Greenson, R., 1968), y acceden a partir de lograrlo, a tomar al padre como modelo para construir su masculinidad. No es extraño entonces comprobar que algunos hombres de nuestro estudio, que perdieron a sus padres muy temprano, han experimentado serias dificultades en el desarrollo de su capacidad laboral y se inscriben en los sectores medio bajos de la sociedad, ya sea porque realizan funciones poco calificadas y mal remuneradas o por su inestabilidad ocupacional y su proclividad al desempleo.

La función iniciática del padre debe diferenciarse de la fantasía de contar con un padre nutricional, que Freud ha ilustrado en su análisis de un caso catalogado como posesión demoníaca, en el siglo XVII (Freud, 1922). En esa obra, ofrece una interpretación acerca de un síndrome que integraba aspectos delirantes, con una manipulación destinada a obtener beneficios secundarios de la situación. El protagonista, Cristóbal Haitzmann, se encontraba deprimido y preocupado por su subsistencia después de la muerte de su padre, y presentó alucinaciones referidas a haber celebrado un pacto con el diablo, que logró resolver cuando, después de un complicado proceso, adoptó la vida monacal, resolviendo así sus temores al desamparo, a costa de una renuncia a la sexualidad y al desarrollo autónomo en su trabajo. Lo que me interesa destacar de ese caso, es la articulación que plantea entre los deseos amorosos hacia el padre y las preocupaciones por la autoconservación. Considero que la crisis económica contemporánea favorece que, en sujetos vulnerables, se despliegue la añoranza de un padre proveedor que los releve de la difícil tarea de enfrentar los desafíos de la subsistencia. La búsqueda de un padre como mentor implica, en cambio, una posición subjetiva más autónoma. Se trata a la vez una imago y un vínculo, o sea que se requiere, en muchos casos, de una relación real y efectiva para que el sujeto construya los recursos subjetivos que le permitan desempeños adecuados a los requerimientos de la realidad social y a los ideales propuestos para su yo, que en el caso de los varones, se organizan todavía en torno del ideal del trabajo remunerado.

Como he planteado, la masculinidad no es una condición homogénea, sino que existen masculinidades dominantes y masculinidades subordinadas (Connell, R., (1996). Este modo de caracterizar las diferencias se debe al hecho de que el sistema de gé-



neros (Burin, M. y Meler, I., 2000) es jerárquico en sí mismo y los varones dominantes prevalecen sobre las mujeres, pero también sobre los otros varones subordinados. Es necesario aclarar que no existe un nexo lineal entre los eventos biográficos y los desenlaces subjetivos: en algunos casos un sujeto puede reaccionar con energía ante una circunstancia desfavorable y suplir sus carencias mediante el esfuerzo creativo. Chodorow (2003) ha planteado recientemente la forma en la que el género es construido por cada sujeto de acuerdo con los modelos culturales y lingüísticos y a la vez, en función de su mundo interno, las fantasías relacionadas con la sexualidad y con la agresión, las defensas preferidas y los sentidos específicos que cada uno construye acerca del contexto y del sí mismo. Pero aunque los eventos vitales siempre son interpretados por el sujeto y los relatos que construye acerca de ellos pueden variar su sentido a lo largo del ciclo vital, no dejan de tener un cierto efecto que se correlaciona de modo realista con lo efectivamente sucedido. Por ejemplo, el análisis de algunas entrevistas permite advertir la forma en la que un descendiente de personas exitosas y productivas, encara la existencia de modo seguro, con una elevada estima de sí y confianza en el futuro, lo que le proporciona las bases para un desarrollo profesional que sin ser especialmente destacado, él evalúa como satisfactorio. La situación inversa también se observa: tal fue el caso de un varón que estuvo seriamente afligido por la claudicación laboral y económica de su padre, y temió durante largo tiempo repetir ese fracaso. Buscó de modo activo un suegro que operara como modelo y de ese modo reforzó sus identificaciones masculinas, que se habían vulnerado merced a la claudicación paterna, alcanzando así un desempeño laboral exitoso.

En ocasiones, cuando un varón se propone superar el estilo de vida de su familia de origen y pasar de un trabajo en relación de dependencia a trabajar por cuenta propia, el proyecto que comenzó de forma auspiciosa, al cabo de un tiempo decae y resulta abandonado. Si bien es necesario contemplar el peso de las desfavorables circunstancias del contexto, que debido a la crisis económica generalizada en nuestro país, afectan de modo adverso a muchos proyectos de trabajo, considero que la dificultad para superar el desarrollo laboral de un padre que nunca logró más que un trabajo de escasa calificación, ha contribuido al fracaso de algunos emprendimientos. Así fue lo ocurrido con un joven, quien reprochaba a su padre su escaso nivel de ambición y el hecho de que nunca se hubiera propuesto adquirir una vivienda propia. Él mismo intentó emprender un proyecto de trabajo que le permitiera superar la relación de dependencia, pero no logró sostener esa iniciativa a lo largo del tiempo y de los obstáculos que surgieron, y retornó a su situación inicial, semejante a la de su progenitor. En otros casos, se produce un proceso donde la figura del padre cambia de signo y de ser percibido como un Modelo amistoso (Maldavsky, D., 1980) o habilitador, pasa a ser considerado como un Modelo hostil, que arrastra al sujeto hacia la ruina. Tal fue la situación del heredero de un pequeño negocio familiar, cuya condición de varón lo habilitaba para aprender el oficio de su padre y de su abuelo, disfrutando así de una inserción laboral que parecía segura y que le brindaría un ingreso adecuado



con sus expectativas. Pero ocurrió que a lo largo del tiempo se produjeron innovaciones tecnológicas que tornaron obsoleta esa rama de actividad. El padre, que continuaba la frente de la empresa familiar, no supo reaccionar con la rapidez requerida y finalmente desertó del negocio dejando a nuestro sujeto comprometido con deudas a las que no pudo hacer frente.

En otro caso, un padre al que se convocó para que prestara auxilio a su hijo, terminó ubicándose en posición de dependencia con respecto al mismo, lo que aumentó el desamparo del hijo y precipitó su fracaso laboral.

Estas circunstancias resultan particularmente dolorosas, porque a la pérdida económica se suma la claudicación del Modelo, lo que deja al sujeto en un estado psíquico de confusión y depresión. La vivencia resultante implica un matiz persecutorio, que es expresado en ocasiones a través de la metáfora de la “traición”.

Veamos lo que sucedió en el caso de uno de nuestros varones “exitosos”, quien relató la historia laboral de su padre. El abuelo paterno era, según dijo, una versión de lo que se suele llamar “el padre terrible” (Meler, I., 2000), un progenitor realmente feroz y egoísta⁴. Se había propuesto explotar el trabajo de su hijo como peón de campo, y disfrutar de los beneficios de mantenerlo en estas condiciones de semi esclavitud. El hijo (padre de nuestro sujeto) se sustrajo a ese destino a través del estudio, y se trasladó tempranamente a otra localidad, donde pudo insertarse en una institución que lo ubicó, le otorgó identidad y pertenencia y le permitió desempeñarse dignamente en mejores condiciones. Esta epopeya paterna fue transmitida al hijo bajo la forma de una elevada valoración de la autonomía, que constituye uno de los emblemas tradicionales de la masculinidad. El entrevistado terminó con esfuerzo sus estudios superiores y se desempeñó de forma adecuada en una gran empresa. En un principio no pudo sustraerse por completo al destino de servidumbre que su abuelo deseó para su padre, y eso se reflejó en la forma ritual y monótona con que se desem-

⁴ Con la expresión de “padre terrible”, no me refiero tan solo a la concepción freudiana del proto padre, descrito en Tótem y Tabú (Freud, 1913) ni a la representación lacaniana acerca de la imago paterna característica del segundo tiempo del Edipo (Lacan, 1978). No me limito a analizar lo que podría ser considerado como un estadio del proceso de construcción subjetiva de la imago paterna por parte de un niño o de un joven, sino a la experiencia biográfica de ser hijo de un progenitor que ejerce su paternidad de modo perverso. La frecuencia del ejercicio perverso de la paternidad ha quedado encubierta a través de la figura de un padre legislador que aporta racionalidad. En un ensayo anterior (Meler, 2000, b) he cuestionado las representaciones que caracterizan a la función paterna por sus aspectos simbólicos, ordenadores y éticos. El padre de la ley ha resultado en muchos casos un personaje ilusorio, en tanto encubre el hecho de que la ley misma no es la expresión de un orden atemporal sino una cristalización histórica de relaciones de poder. Por ese motivo, la cara oscura de la paternidad son los padres abusadores, ya sea del trabajo o de la sexualidad de sus hijos. Reducir el padre abusivo a una imago del sujeto, implica negar aquellos casos en que se trata de una situación intersubjetiva efectivamente acaecida.



peñó en el trabajo, al estilo de los “trabajos forzados”. Sin embargo con el tiempo accedió a una mayor libertad subjetiva y su estilo laboral devino más creativo, lo que le permitió asumir mayores responsabilidades.

Es interesante observar la forma en que algunos varones se involucran en un proceso activo de “invención” de un padre. Utilizan para este fin a otros parientes, en ocasiones a los hermanos mayores o a los suegros, como en el caso antes comentado. Esta observación refuerza lo expresado acerca de que los desenlaces subjetivos no deben reducirse a los sucesos vitales, sino que cada sujeto los elabora de modos diversos. Al mismo tiempo, resulta innegable que la posibilidad que tuvieron algunos entrevistados de iniciarse como trabajadores en empresas familiares, les aportó un aprendizaje que luego pudieron desplegar en ámbitos desvinculados de sus familias de origen.

Muchas mujeres recurren a las identificaciones que cruzan géneros para construir su modelo laboral, o sea que se identifican con sus padres varones, quienes fueron los únicos modelos disponibles para la generación femenina que hoy está en la madurez de la vida, dado que sus madres no realizaban trabajos fuera del hogar. En cambio, los varones que son hijos o nietos de mujeres innovadoras que desarrollaron una actividad laboral destacada, experimentan mayores dificultades para utilizar esa experiencia con el objetivo de construir sus modelos laborales. Esto se explica por el proceso de desidentificación con respecto de la madre, antes descripto, que es característico de la masculinidad moderna. Si para afirmarse como hombre fue necesario diferenciarse de forma reactiva con respecto de la feminidad, recurrir a un modelo femenino puede ser experimentado como una amenaza para la hombría. Hubo un caso, sin embargo, donde la elección vocacional se realizó sobre el modelo de la abuela materna, una mujer cuya trayectoria laboral fue prestigiosa. Ese varón se caracteriza por un estilo innovador de masculinidad, sobre el que me extenderé más adelante, donde la feminidad no está repudiada sino que se integra en el sí mismo masculino. Pero en términos generales y salvo estas excepciones, todavía resulta difícil que los varones utilicen el acervo identificatorio proveniente del vínculo con las madres, ya que se erigen como obstáculos para este proceso, los temores a perder su masculinidad, tan trabajosamente adquirida. Mi impresión es que la dinámica identificatoria va a modificarse en el futuro, ya que tanto la institución familiar como el mercado de trabajo atraviesan por una profunda crisis, que sin duda dará lugar a estilos inéditos de construcción del género y de la inserción social. Es posible que el anhelo que manifiestan los varones subjetivados en el estilo moderno respecto de la figura iniciática de un padre o mentor, deba ser reemplazado en el futuro por otros recursos creativos.

IV- Carrera laboral masculina y eventos familiares

Es conocido que el desarrollo laboral de las mujeres se ve fuertemente influido por



los eventos de su vida privada, tales como la constitución de una pareja estable o el nacimiento de hijos. En el caso de las mujeres, los logros obtenidos en el ámbito privado suelen redundar en perjuicios respecto de su educación o de su trabajo, ya que se ha comprobado que la presencia de un compañero proveedor desalienta los esfuerzos laborales y estimula a dedicar más tiempo al hogar. En cuanto al efecto del nacimiento de los hijos, sabemos que la presencia de un bebé en el hogar demanda energías, de forma tal que compite con la dedicación femenina al trabajo, aún cuando en las últimas décadas, las mujeres no se retiran del mercado laboral cuando son madres (Wainerman, C., 1994). En el caso de los varones, no se percibe con tanta claridad el efecto de los eventos biográficos, y sin embargo, a través de nuestro estudio ha sido posible identificar que este efecto es también significativo.

La constitución de una pareja incide de modos disímiles según cómo sea el estilo de masculinidad del sujeto y cuál sea el tipo de vínculo que se haya establecido con su compañera.

En uno de los casos estudiados, el entrevistado obtuvo un empleo gracias a la recomendación de quien, más adelante, se convirtió en su mujer. Ambos compartieron el lugar de trabajo, pero ella se retiró al cabo de un tiempo, ya que prefirió una ocupación que era menos remunerativa pero que, al mismo tiempo, implicaba soportar menores tensiones y exigencias. Por el contrario, él tomó a su cargo tareas que implicaron asumir riesgos y ejercer liderazgo, de modo que logró prosperar. Cuando cambió de ocupación, fue para ocupar una posición más favorable en cuanto al ingreso. Es posible inferir que estas actitudes diferenciales por género, que de acuerdo con diversas fuentes están muy extendidas, se potenciaron de modo recíproco al constituirse la pareja conyugal. Ella le abrió las puertas a un nuevo trabajo, es decir que lo habilitó para obtener progresos laborales. En ese nuevo contexto, él desplegó sus rasgos de carácter de modo tal que obtuvo buenos resultados. A su vez, este logro de su compañero le permitió a ella escoger mejores condiciones de trabajo a expensas del éxito, o sea una mejor calidad de vida sacrificando una mayor remuneración. Para comprender de modo más cabal el carácter sistémico de estos arreglos de género, es conveniente agregar que el hombre de esa pareja puede asumir riesgos, --en cuanto a que su ingreso no es fijo-- , gracias a que su mujer aporta un sueldo menor, pero que es percibido de forma regular. Por último, es interesante comprobar que durante la entrevista, el varón expresó su opinión acerca de que el hecho de haberse unido a él, permitió que su compañera creciera y progresara en su condición socio económica hasta obtener un nivel al que no hubiera accedido por su propio esfuerzo.

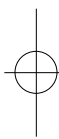
El arreglo conyugal descrito es tradicional, y presenta con claridad la forma en que muchas mujeres contribuyen a construir a sus compañeros como proveedores y en ocasiones, también como opresores.



En otros casos, se establece un estilo de relación de pareja que he denominado “contracultural” (Meler, I., 1994), caracterizado por una inversión de los roles tradicionales para los géneros. Este modo de concertar la unión de pareja representa una tendencia minoritaria, pero en las condiciones actuales del mercado de trabajo es previsible que se produzca un rápido incremento de esas relaciones. En nuestro estudio, sobre veinte parejas, seis presentaron este tipo de vínculo. Si bien es un dato que carece de significación estadística, sugiere que cuando se retrae la oferta de trabajo, algunas mujeres se hacen cargo del sostén económico del hogar, lo que implica una profunda modificación de las relaciones de poder en la pareja. En algunas de las parejas mencionadas, la inversión de roles pareció deberse mayormente a circunstancias contextuales, y en estos casos es de esperar que en cuanto sea posible, se reestablecerá un estilo transicional en la relación de pareja, donde el dominio masculino persiste, aunque de forma atenuada. Pero en otros casos existen preferencias inconscientes por esta situación por parte de ambos cónyuges, que se explican sobre la base de las historias de vida y de las cristalizaciones subjetivas, que ocasionan que este tipo de relación sea necesaria y no contingente. En uno de estos casos, el varón, que había presentado un desarrollo laboral previo que podemos caracterizar como errático y desparejo, al formar pareja con su actual compañera, una joven emprendedora con vocación y aptitud para el trabajo, que estaba ubicada en una excelente posición laboral, deterioró su capacidad de generar recursos de tal modo, que al cabo de poco tiempo pasó a depender de su mujer para la subsistencia. Existen otros indicadores que confirman la existencia de su elección inconsciente por la dependencia, tales como el hecho de que también recibe ayuda de su familia de origen pese a haber ingresado hace ya varios años en la adultez.

En otro caso, el entrevistado, un joven que se dedicaba a una tarea técnica para la que estaba adecuadamente capacitado, perdió un trabajo donde se desempeñaba en relación de dependencia. Al poco tiempo conoció a su actual compañera, una mujer algo mayor que él, y cuyos rasgos de personalidad se asemejan a lo que en psicoanálisis se ha denominado “carácter masculino” (Jones, E., 1967). Si bien ella recurrió a sus relaciones personales para conseguirle encargos laborales, y pese a que él manifestó que le agradaba su tarea y que cuando tenía un encargo era capaz de no dormir para entregarlo en la fecha pactada, al momento de la entrevista hacía un tiempo que estaba desocupado. También en este caso, dada la crisis económica nacional, es fácil atribuir al contexto la responsabilidad de esa situación, pero existen muchos indicadores subjetivos en ambos entrevistados que conducen a pensar que se trata de un pacto inconsciente concertado entre ambos. Por ejemplo, ella atendió a la criatura producto de una unión anterior, con la ayuda de amigos varones que solían estar desempleados y a los que ayudaba económicamente. Su anterior esposo era un hombre inestable y poco responsable.

En cuanto a su actual compañero, entrevistado para el estudio, vemos que es hijo de

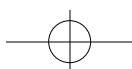


un hombre que debió realizar grandes sacrificios para ubicarse laboralmente. Al parecer, él depositó sobre su hijo varón, los anhelos de dependencia que debió sofocar para sí mismo. En lugar de exigirle o alentar expectativas elevadas sobre su futuro, aceptó que eligiera una carrera menor. En cambio, esperaba mayores logros por parte de su hija mujer. Este tipo de historia familiar permite plantear como hipótesis la existencia transgeneracional de fantasías de cruzar géneros. Estas fantasías no siempre se decodifican en clave sexual. En ocasiones, efectivamente se trata de deseos homosexuales no elaborados, que permanecen en un estado de encriptamiento y afectan de modo inadvertido tanto los vínculos amorosos como los desempeños laborales. En otros casos, el deseo inconsciente que se transmite a través de las generaciones no se refiere a la genitalidad sino a la autoconservación. El sujeto puede desear el acceso a la posibilidad de depender, de ser protegido y cuidado, de sustraerse a la necesidad de enfrentar presiones y amenazas, e imagina que si fuera mujer lo lograría con facilidad. Vemos, entonces, que la fantasía de feminidad se refiere a cuestiones pregenitales que no se relacionan en especial con la orientación del deseo sexual o con la elección de objeto erótico. Para comprender esta cuestión es conveniente recordar que Margaret Mead, al estudiar a los “berdache”, sujetos pertenecientes a etnias de la confederación séneca de indígenas norteamericanos, que elegían cambiar su sexo social y llevaban una existencia femenina en todos sus aspectos, conjeturó que tal vez esa elección se debía a que el niño no podía integrar subjetivamente el rol de guerrero (Meler, 2000). Por lo tanto, la inducción inconsciente del padre, de que el hijo varón disfrute de una existencia más protegida, donde alguien se haga cargo de él y evite exponerse a peligros, puede explicarse por su dolor ante la dureza de la lucha por la subsistencia. De hecho, se trata de un hombre que falleció prematuramente.

Todos estos determinantes del acuerdo inconsciente de la pareja para invertir los roles económicos tradicionales, no implican que la situación transcurra sin conflictos; por el contrario, de acuerdo con mi experiencia, este tipo de unión de pareja es muy vulnerable al divorcio, debido a que las prácticas de vida contradicen los ideales hegemónicos acerca de la feminidad y de la masculinidad.

Vemos entonces en términos generales, que mientras la formación de pareja parece alentar la autonomía y el compromiso laboral de los varones cuyo carácter se asemeja a lo esperado para la masculinidad, puede ejercer un efecto desfavorable en el desarrollo laboral de los varones que presentan una preferencia subjetiva por la pasividad y la dependencia con respecto de mujeres dominantes.

En cuanto al nacimiento de los hijos, en muchos casos los entrevistados relataron que la llegada de un niño los alentó a cambiar de ocupación, buscando mayores ingresos. En estas situaciones se antepuso la remuneración a la vocación. Tal fue lo ocurrido con un hombre que pasó de desempeñarse en el ámbito educativo a trabajar en el co-





mercio. En otra entrevista se registró que el futuro padre pasó, en cuanto supo que un hijo se anunciaba, de la relación de dependencia, a intentar un emprendimiento por cuenta propia. Otro de nuestros entrevistados abandonó una actividad creativa de índole estética por una tarea comercial más remunerativa. Este efecto estimulante de la paternidad no siempre se mantiene de forma estable a lo largo del tiempo. Es frecuente que el hecho de transformarse en padre genere intensas ansiedades en algunos varones (Meler, I., 1998). En estos casos, uno de los síntomas del rechazo o de la dificultad para asumir el rol paterno, consiste en el fracaso laboral. Por lo tanto, el cambio de ocupación que comienza auspiciosamente, no se sostiene debido a una claudicación subjetiva, en la que intervienen diversas motivaciones, tales como los celos respecto del niño, la añoranza por la dependencia infantil, el anhelo de recibir protección paterna para sí mismos, la envidia por la capacidad procreativa de la mujer, etcétera.

En los varones, cuya subjetividad se ha masculinizado de modo exitoso con respecto del modelo hegemónico, las responsabilidades parentales operan como un incentivo eficaz para el desarrollo laboral y económico.

V- Masculinidad, trabajo y salud mental

No todos los sujetos exitosos en términos convencionales gozan de un buen estado de salud mental. Nuestra cultura individualista y competitiva, estimula el desarrollo de tendencias manipuladoras, o de actitudes de competencia desleal, que implican problemas éticos y a la vez subjetivos. Hecha esta salvedad, que es necesaria para deslindar la representación del éxito social y económico de los criterios de salud mental, es posible observar, sin embargo, que los fracasos laborales se relacionaron en algunos de nuestros entrevistados, con problemas emocionales.

Uno de los participantes del estudio estaba desempleado y dada esa situación, se ocupaba de las tareas domésticas para colaborar con el esfuerzo que realizaba su esposa, quien debía dedicar su energía para generar recursos que permitieran mantener el hogar. El arreglo conyugal inicial había sido diferente: él dirigía un comercio y con sus ganancias proveía para la subsistencia de la familia. Atravesó por un prolongado proceso de deterioro económico, que implicó también problemas de pareja. En la situación captada al momento de la entrevista, presentaba conductas reactivas de tipo agresivo, que constituían un intento fallido de masculinizarse. Solía afirmar que él no era la empleada doméstica y creaba situaciones de confrontación con el fin de demostrarlo. Desde la perspectiva psicoanalítica, podemos interpretar su conducta como la expresión de un deseo latente de ser femenino, ante el cual reaccionaba con energía por experimentarlo como contradictorio con los ideales de masculinidad sobre los que organizaba su estima de sí. Es necesario aclarar que esta "feminidad" fantaseada se decodifica realmente como dependencia infantil y pasividad, a lo que posiblemente habría que agregar una erotización del sometimiento. La afirmación enfática :



“¡Yo no soy la mucama!”, supone una desmentida de su preferencia por ese rol desvalorizado. Es difícil determinar en qué medida la opción inconsciente por la pasividad, que implica connotaciones homosexuales imaginarias, antecedió y contribuyó a producir los fracasos laborales, o si estamos frente a un intento de aceptar la situación que se impone al sujeto desde el contexto, generando una erotización secundaria que le permite hacer de necesidad virtud, o sea ligar el efecto traumático de las transformaciones sociales. Lo que es posible afirmar es que la claudicación laboral que aflige a muchos varones contemporáneos, adquiere el sentido de una pérdida de masculinidad y de una castración asimilada a la feminización. La medida en que esta circunstancia se padece o se goza de modo inconsciente, ya pasa a ser un tema especulativo. Me inclino a dar prioridad en el análisis de este caso, a los conflictos psíquicos por sobre el efecto de la crisis económica, tomando en cuenta, entre otros indicadores, que sus proyectos para el futuro que consistían en intentos de re inserción laboral, se caracterizaban por su carácter poco realista y excesivamente grandioso. A la vez, representaban un intento por reconectarse con una actividad que su padre le había transmitido como hobby durante su infancia. Es posible que intentara resolver su estado de desorientación, recurriendo al acervo infantil de identificaciones masculinas, como un intento de recomposición subjetiva y, a la vez, socioeconómica.

En otro de los casos estudiados, el desarrollo laboral del entrevistado se veía afectado por una circunstancia relacionada con una patología personal y con un pacto vincular inconsciente. El entrevistado padecía de ideas celotípicas, que lo habían afligido en relaciones previas a su actual pareja, consistentes en temer la infidelidad de su compañera. Resulta significativo comprobar que su esposa presentaba restricciones agorafóbicas que le impedían desplazarse sin compañía y que implicaban inconvenientes relacionados, entre otras circunstancias, con generar un estado de inactividad laboral. Pero este síntoma neurótico representaba una ventaja para las aspiraciones del marido, consistentes en controlar sus desplazamientos para impedir una supuesta infidelidad. Como contrapartida, él trabajaba en un horario acotado, que no resultaba adecuado para la actividad que había elegido. Como consecuencia de este arreglo, los beneficios económicos se veían mermados en función de un pacto no consciente, donde los síntomas de ambos miembros de la pareja servían al objetivo de mantener la relación, aunque al precio de graves limitaciones vitales.

En otro caso, el entrevistado desempeñaba una tarea rutinaria que estaba por debajo de su capacidad, en función de sus severos trastornos de ansiedad, que habían llegado a producirle ataques de pánico, a los que se agregaron estados depresivos consecutivos a las restricciones que se originaban en la angustia.

Como se ve, el desempeño laboral resulta afectado de forma significativa por el estado de salud mental del sujeto. Los problemas emocionales se relacionan en muchos casos con la sexualidad y con la identidad masculina. Esta situación no es simétrica



a lo que se observa en el caso de las mujeres. Si bien los conflictos y los síntomas o trastornos de origen emocional, también interfieren con el desarrollo laboral femenino, las dificultades en el trabajo adquieren para las mujeres un significado diferente. El fracaso laboral o económico lesiona la imagen de adultez de las mujeres, pero no afecta su sentimiento íntimo de femineidad, asociado históricamente con la dependencia económica con respecto del compañero. Más aún, muchas mujeres que se limitan a desempeñarse en la esfera doméstica de modo exclusivo, enmascaran la existencia de restricciones fóbicas bajo esa opción vital, pero esta situación cursa de forma inadvertida y puede mantenerse estable durante toda la vida, sin causar sufrimiento psíquico.

En el caso de los varones, a partir de la Modernidad, la aptitud y los logros laborales han pasado a constituir un emblema identificatorio central para la masculinidad. Por lo tanto, las claudicaciones en el trabajo pueden implicar conflictos inconscientes relacionados con la sexualidad y con la identidad masculina. Los fracasos laborales afectan de modo más grave la estima de sí de los hombres, en tanto no sólo afectan su autoconservación sino también su imagen como miembros del género dominante.

VI- La masculinidad postmoderna

Al analizar las entrevistas de algunos sujetos que podemos considerar como exitosos, es posible diferenciar entre dos estilos de varones. Uno de ellos se caracteriza por su formalidad, desconexión emocional, concentración exclusiva en las metas por cumplir, tendencia hacia el control y cierta rigidez caracterológica. Estos rasgos de carácter, que no es difícil reconocer como formando parte de la serie obsesiva, conciben según pienso, con un estilo de construcción de la masculinidad que caracterizó a la Modernidad, y que generó la estrecha asociación que antes describí entre aptitud laboral y masculinidad. El "homo faber" moderno fue un especialista, entrenado para las realizaciones y sorprendentemente inhábil para los vínculos. La estricta división sexual del trabajo que caracterizó al industrialismo implicó correlatos subjetivos. En las parejas que he descrito como tradicionales (Meler, 1994, ob.cit.), la mujer suele desarrollar una notable capacidad para conectarse con los estados emocionales de los hijos y del marido. Ella informa con claridad y precisión cuando se realiza una consulta profesional por causa de algún síntoma de los niños o adolescentes, y en términos generales, se la puede considerar como la titular operativa del ejercicio de la parentalidad. El marido por su parte, es quien cumple con la función proveedora, para lo que desarrolla sus habilidades en el ámbito del trabajo. En el hogar, desempeña la clásica función disciplinaria de interdicción. La obligación de proveer para satisfacer las necesidades económicas, absorbe su energía hasta tal punto, que la contrapartida de su idoneidad como trabajador, es su torpeza en lo que se refiere a la intimidad. Las mujeres, expertas en sus roles de madres y de esposas, se exponen a su vez al desvalimiento económico y social, por causa de su falta de entrenamiento para el mundo del trabajo.



Estos estilos subjetivos y este tipo de arreglo conyugal están lejos de haber quedado en el pasado, y todavía encontramos muchas familias donde siguen vigentes. Sin embargo, las tendencias que se observan en los países desarrollados, tanto en lo que hace al trabajo como a la familia, auguran que la complementariedad moderna irá quedando en el pasado. La demanda laboral ya no implica una especialización estable, sino que el mercado de trabajo se ve periódicamente conmovido por innovaciones tecnológicas y por transformaciones económicas que lo hacen altamente inestable. Vimos que algunos de nuestros entrevistados habían experimentado un proceso de reconversión laboral, donde su formación educativa les brindó capacidades inespecíficas, que les permitieron realizar nuevos aprendizajes para dedicarse a otras ramas de la actividad en tareas que antes no habían previsto desempeñar. El modelo de ocupación completa también está siendo reemplazado por un ritmo discontinuo, donde alternan períodos de intensa actividad con otros donde se permanece inactivo. En esos lapsos el tiempo se dedica a la capacitación, pero también la vida privada puede recibir una mayor dedicación. Uno de los varones que participaron en el estudio, al atravesar de modo involuntario por un período de menor ocupación, apreció la importancia de la relación con sus hijos de un modo que antes le había sido negado. A consecuencia de esa experiencia, manifestó que no estaba dispuesto a embarcarse en una ocupación que lo privara del contacto con la familia, aunque esta elección implicara disminuir su nivel de aspiración en el aspecto económico.

En otro caso, un entrevistado que comenzó relatando la importancia de sus compromisos laborales y los elevados montos de las obligaciones económicas que afrontaba, se explayó durante la entrevista preferentemente sobre los aspectos emocionales de la vida familiar, demostrando una sensibilidad que es poco usual, al menos entre los varones que he descripto como modernos desde una perspectiva histórica, y como caracteres obsesivos desde un enfoque psicopatológico.

Un profesional exitoso, manifestó un notable respeto por el desarrollo laboral de su mujer, y no tuvo dificultades para recordar que en los comienzos de la relación ella aportó el ingreso principal. Describió la forma en que participaba en las tareas domésticas cuando le resultaba posible y necesario, y el estilo democrático con que se manejaba el dinero en la pareja (Coria, C. 1986). Como expuse antes, su elección de carrera no fue realizada sobre modelos masculinos, sino que fue su abuela materna la que fue utilizada como modelo. Para completar la descripción, bastará relatar que al referirse a los embarazos de su esposa, comentó que felizmente ella es de compleción esbelta, porque si hubiera sido él quien se embarazara, ¡habría quedado arruinado!. A esta altura del relato conviene agregar que su estilo personal es claramente masculino, y no presenta ambigüedades notables en su identidad sexual. Por lo tanto, no nos encontramos ante una situación de indefinición en cuanto al género, sino que se trata de un modelo alternativo de construcción de la masculinidad, que conje-



turo puede llegar a ser característico de la postmodernidad. El núcleo identitario está lo suficientemente definido como para que el sujeto tolere y disfrute la transgresión imaginaria lúdica de las fronteras del género.

La masculinidad que se construirá en un período histórico donde la rígida división sexual del trabajo propia del industrialismo, ha dado lugar a una tendencia hacia la superación de la misma, será sin duda diferente. El camino no es lineal ni homogéneo. Existen estudios que destacan la forma en que la división sexual del trabajo parece desaparecer pero sólo se recicla (Hirata, Kergoat y Zylberberg Hocquard, 1997), dada la índole sistémica de los arreglos de género. Pero lo que parece quedar atrás sin duda, es la jornada laboral acotada y estable, desempeñada en lugares distantes del hogar. Esta modalidad productiva generó una disociación entre trabajo y hogar y contribuyó a polarizar la subjetividad de mujeres y de varones de un modo especialmente marcado. Las jornadas flexibles, el trabajo realizado parcialmente en la unidad doméstica, la alternancia de períodos de ocupación con otros de desempleo, la necesidad periódica de reconversión laboral, en fin, las características que se avizoran como tendencias a futuro en el mercado de trabajo, requieren y estimulan la construcción de subjetividades más plásticas y menos estereotipadas en cuanto al género. Los correlatos subjetivos de estas tendencias sociales implican que la masculinidad no se construirá sobre la base de una enérgica reacción contra la feminización inicial generada por la crianza materna, sino que se tenderá a integrar los aspectos femeninos en una identidad masculina (Benjamin, 1997). Esta integración ha sido descrita por Joyce Mac Dougall (1964) como una tramitación adecuada de la homosexualidad, que en los sujetos heterosexuales se integra, en lugar de disociarse para ser proyectada a continuación sobre el *partenaire*. El concepto de género permite refinar este hallazgo psicoanalítico, al permitir la percepción de la posibilidad de no reducir toda identificación a un origen sexual. Es posible diferenciar entre identificaciones que implican una carga de amor objetal resignado, (Butler, J., 1993) y otras que son previas a la elección de objeto de amor y que implican un “amor identificador” (Benjamin, J., 1996), o sea la coexistencia de la investidura amorosa y la identificación con el objeto de amor, que es amado sobre la base de semejanza con el sujeto y no de una diferencia que aliente las fantasías de complementariedad. Las identificaciones que cruzan géneros no se interpretan desde esta perspectiva como derivadas de deseos homosexuales, sino que en ocasiones son pre edípicas (Dio Bleichmar, 1985, ob.cit.) y contribuyen a la formación de un sí mismo que siempre está generizado, aún antes de que el niño conozca la diferencia de sexos (Stoller, 1968).

La masculinidad flexible y menos estereotipada resulta funcional no sólo para el cambiante mundo del trabajo, sino que es requerida para hacer frente a la inestabilidad creciente de las familias contemporáneas. En muchos casos la delegación del cuidado de los hijos realizada sobre la esposa, se hace imposible por causa del divor-



cio. Los varones están encarando la necesidad de brindar cuidados personales a niños, que en ocasiones son muy pequeños, y algunos de ellos lo hacen de modo adecuado.

VII- Subjetividad, cultura y sociedad

A lo largo de este análisis se hace evidente que resulta difícil establecer con precisión el estatuto epistemológico y ontológico de los factores sociales y económicos que determinan las transformaciones que afectan a las familias y al ámbito del trabajo, en relación con las modalidades contemporáneas de construcción subjetiva. No deseo sugerir una relación lineal donde la subjetividad sea considerada como un subproducto de la tecnología y de la economía. Chodorow (2003, ob. cit.:110) considera a Marx como el creador de este determinismo social y económico. La autora expresa su desacuerdo ante esta afirmación marxista: "La vida no está determinada por la conciencia, sino que la conciencia lo está por la vida". Este recurso implícito a la concepción de infraestructura y superestructura, subyace a muchas refutaciones que las teóricas feministas han realizado respecto de algunas teorías caracterizadas por el reduccionismo biologista. Esta preocupación se explica por el hecho de que el biologismo ha servido como caución ideológica para justificar la subordinación femenina, atribuyéndola a un orden natural y por lo tanto inmutable. Sin embargo, el recurso a la causalidad lineal es inadecuado en ambos casos, aunque la preferencia por el determinismo sociocultural derive de la necesidad política de establecer que el género es resultado de una construcción, y por lo tanto, puede ser reconstruido siguiendo lineamientos más equitativos.

Para dar cuenta de la compleja relación que existe entre el desarrollo laboral y la masculinidad social y subjetiva, encuentro preferible recurrir a modelos deterministas más complejos, tales como el de causalidad recursiva auto organizadora propuesto por Hornstein (2000), que implica que los efectos retroactúan en la organización, a lo que se agrega su concepción del psiquismo como sistema abierto, sujeto al determinismo y también al azar. De modo que estas nuevas tendencias en la construcción de la subjetividad masculina, no se pueden considerar como epifenómenos con respecto de la informática o de la jornada laboral flexible y el desempleo. Por el contrario, considero que muchos desarrollos tecnológicos que han revolucionado las sociedades humanas, se originaron en una mentalidad colectiva que permitió promover su creación. El modelo sistémico podría ser integrado a la perspectiva psicoanalítica y a los estudios sociales, para dar cuenta de esta relación sinérgica entre los aspectos del contexto y las características cambiantes del psiquismo.

La masculinidad contemporánea atraviesa por una de sus crisis históricas más intensas. Badinter, E. (1993) ha descrito las características de otros períodos críticos que conmovieron la masculinidad social y este es, sin duda, uno de ellos. La transforma-



ción de la condición social de las mujeres no constituye, según pienso, el factor principal que genera esta crisis. Más bien la relaciono con la retracción del trabajo y del empleo, la revolución tecnológica, la concentración e internacionalización de capitales, en fin, con circunstancias que al transformar la producción y la circulación de bienes materiales y simbólicos, afectan también las subjetividades. Es posible observar numerosos efectos adversos de esta situación, que fueron comentados por quienes participaron de nuestro estudio. La destrucción de proyectos y la falta de esperanzas atravesaron muchas de las entrevistas, así como la decisión o la fantasía de migrar en busca de horizontes más favorables. Junto con estas tendencias negativas, que también afectan en grado sumo la estabilidad de las familias, podría advertirse el surgimiento de nuevos estilos de ser varón, que implicaran una integración de las identificaciones femeninas y de los deseos de depender, que en lugar de sufrir un proceso disociativo y ser depositados sobre las mujeres, condujeran a relaciones de género innovadoras y más equitativas.

Bibliografía

Badinter, E. (1992), *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza.

Benjamin, J. (1996), *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós.

(1997), *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós.

Butler, J. (1993), *Bodies that matter*, Nueva York, Routledge.

Bourdieu, P. (1985), "Espacio social y génesis de las clases", *Espacios*, N° 2, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

Coria, C. (1986), *El sexo oculto del dinero*, Buenos Aires, GEL.

Chodorow, N. (1984), *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa.

(2003), *El poder de los sentimientos*, Buenos Aires, Paidós.

Connell, R. (1996), *Masculinities*, Cambridge, Polity Press

Dio Bleichmar, E. (1985), *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, ADOTRAF.

Freud, S. (1912-13), *Totem y Tabú*, en AE, vol. 13.

(1921c), *Psicología de la masa y análisis del yo*, en AE, vol. 18.

(1923d), "Una neurosis demoníaca en el siglo XVII", en AE, vol. 19.



Fridman, I. (2000), "La búsqueda del padre. El dilema de la masculinidad" en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*. Meler, Irene y Tajer, Débora, (compiladoras), Buenos Aires, Lugar Editorial.

Greenson, R. (1995), "Desidentificarse de la madre. Su especial importancia para el niño varón" en *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, Buenos Aires*, N° 21.

Hirata, H. y Kergoat, D., con la participación de M. H. Zilberberg Hocquard (1997), *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, Asociación Trabajo y Sociedad (Argentina), CEM; (Chile) y PIETTE del CONICET, Buenos Aires.

Horner, M. (1968), "Sex differences in achievement motivation and performance in competitive and noncompetitive situations" Ph.D, Diss, *University of Michigan*, University Microfilms, # 6912135.

Hornstein, L. (2000), "Amar y trabajar en mujeres y hombres" en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*. Meler, Irene y Tajer, Débora, (compiladoras), Buenos Aires, Lugar Editorial.

Jones, E. (1967), "El desarrollo temprano de la sexualidad femenina", *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Buenos Aires, Hormé.

Lacan, J. (1978), *Seminario de las relaciones de objeto y las estructuras freudianas*, Imago, Bs. As.

Laplanche, J.L. y Pontalis, J.B. (1981), "Identificación primaria", en *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Labor.

Mac Dougall, J. (1977), "La homosexualidad femenina" en *La sexualidad femenina*, de Jeannine Chasseguet Smirgel (comp.), Barcelona, Laia.

Maldavsky, D. (1980) *El complejo de Edipo positivo. Constitución y transformaciones*, Buenos Aires, Amorrortu.

Meler, I. (1994), "Parejas de la transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa", *Actualidad Psicológica*, Buenos Aires, octubre de 1994.

(1998), "Parentalidad", en *Género y familia*, Burin, M. y Meler, I., Buenos Aires, Paidós, 1998.

(2000a), "La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos", en



Varones. Género y subjetividad masculina, Burin, Mabel y Meler, Irene, Buenos Aires, Paidós.

(2000b), "Los padres", en *Varones. Género y subjetividad masculina*, Burin, Mabel y Meler, Irene, Buenos Aires, Paidós.

Rodulfo, R. (1998), "El segundo adulto", *Actualidad Psicológica*, Buenos Aires, Año XIII, N° 253, mayo de 1998.

Stoller, R. (1968), *Sex & Gender*, Nueva York, Jason Aronson, 1968.

Wainerman, C. (comp.) (1994), *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF/Losada.

Winnicott, D. (1972), *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa.

Recibido: 10 de junio de 2003

Versión Final: 5 de septiembre de 2003

Comentario del artículo "Género, trabajo y familia: varones trabajando" de Irene Meler

por **Roxana Hidalgo-Xirinachs***

El trabajo de Irene Meler sobre la relación entre los procesos de constitución de la subjetividad masculina y las experiencias laborales caracterizadas por el éxito y la productividad o el fracaso y la frustración en hombres de clase media, me parece que es un aporte muy valioso para la comprensión de las complicadas relaciones entre individuo y sociedad en la realidad actual. En otras palabras, su trabajo implica un acercamiento a la forma en que las condiciones sociales, culturales o económicas en una época histórica determinada se entrecruzan con las condiciones de socialización de las identidades de género, posibilitándose o bloqueándose las condiciones para el desarrollo de la capacidad de autodeterminación, autovaloración y autorrealización de los hombres y las mujeres.

En relación con esta interdependencia entre lo laboral-económico y la subjetividad masculina, la autora propone la siguiente conclusión, partir de las entrevistas realizadas con hombres entre los 30 y los 45 años de edad: "Un primer hallazgo del estudio permite afirmar que, en muchos casos, si un varón ha logrado ser masculino en el sentido que convencionalmente se asigna a esa denominación, es probable que goce

* Escuela de Psicología e Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica.
E-mail: roxanahx@yahoo.com



de una condición social que él mismo estime como satisfactoria”(3). Esta experiencia sería abiertamente diferente en las mujeres, donde la vivencia subjetiva de femineidad no ha coincidido históricamente con la autorrealización laboral en el espacio público. De esta tesis se deriva la propuesta de que el éxito laboral en los hombres tiene que ver sobretudo con condiciones de socialización de la masculinidad, caracterizadas por el desarrollo de la autonomía, la tolerancia ante la frustración y la incertidumbre, la capacidad para asumir riesgos y manejar la angustia que estos producen desde la experiencia de la competencia laboral y un cierto talento para establecer vínculos eficientes en el ámbito laboral. Condiciones asociadas, culturalmente, con un modelo dominante de masculinidad.

Asimismo, la autora sostiene que la presencia física del padre, sobre todo de un padre exitoso y productivo, pareciera ser una experiencia fundamental para el desarrollo de las capacidades necesarias para asumir los retos laborales de forma igualmente exitosa. El padre tendría una importancia fundamental no sólo como figura prohibitiva, sancionadora y transmisora de las normas sociales predominantes, sino también como modelo a seguir, como una figura que transmite conocimientos y experiencias necesarias para el desarrollo adecuado de la masculinidad, en el sentido convencional del rol de proveedor económico. En este proceso cobra especial importancia el proceso de desidentificación de la figura materna, en función de una identificación con la figura paterna, que le permita al niño tomar al padre como un modelo para construir la propia identidad masculina.

La pérdida temprana del padre, en algunos de los casos entrevistados por la autora, estaría asociada con serias dificultades para el desarrollo de las capacidades subjetivas necesarias para poder acceder a una experiencia laboral exitosa y productiva. Estos casos, en que se pierde al padre de forma temprana, se inscriben por lo tanto en “los sectores medios bajos de la sociedad, ya sea porque realizan funciones poco calificadas y mal remuneradas o por su inestabilidad ocupacional y su proclividad al desempleo”.(7) Al contrario de estos casos de hombres que perdieron a sus padres en la temprana infancia, la autora encontró que:

Por ejemplo, el análisis de algunas entrevistas permite advertir la forma en que un descendiente de personas exitosas y productivas, encara la existencia de modo seguro, con una elevada estima de sí y confianza en el futuro, lo que le proporciona las bases para un desarrollo profesional que sin ser especialmente desatacadado, él evalúa como satisfactorio.(8)

Estas conclusiones a mi parecer adolecen de dos condiciones que considero son fundamentales para una comprensión crítica sobre la relación entre subjetividad masculina, historia familiar y experiencias laborales. Por un lado, el análisis no implica una comprensión socio-cultural crítica sobre las condiciones de socialización propias de



los diversos sectores sociales, que marcan de forma diferencial las condiciones necesarias para el desarrollo de la identidad masculina, de acuerdo con los valores y normas que conforman el consenso social. Por otro lado, en el texto no se plantea una problematización sobre las representaciones sociales que las personas entrevistadas manifiestan sobre la masculinidad, ni tampoco se discute de forma crítica la concepción de masculinidad que la autora utiliza en el análisis de los casos estudiados.

En este último sentido, los conceptos de *masculinidades dominantes y subordinadas* (ver Connell, 1996, cit. por la autora) que sustentan buena parte del análisis –además de no explicitarse, adecuadamente, su significado– se asumen como condiciones preestablecidas, que no son cuestionadas desde los contenidos ideológico-patriarcales que los fundamentan. Asimismo, los conceptos de *éxito y productividad laboral* son asumidos como condiciones que en sí mismas son positivas para el desarrollo de la autonomía, la confianza en sí mismo y la autovaloración de los hombres. Esto se asume independientemente de la forma en que el trabajo esté asociado con el desarrollo real de la creatividad, la experiencia de autorrealización y la capacidad de autodeterminación, en términos de los deseos, necesidades y cualidades del sujeto. O por el contrario, en términos de la alienación, la sujetación ante demandas sociales contrarias al desarrollo de la individualidad y la frustración sistemática de los deseos y los sueños juveniles. Al no explicitarse los conceptos de éxito y productividad laboral, pareciera que se dan por sentadas las cualidades positivas de experiencias calificadas como tales por el consenso social. Sin cuestionarse, por lo tanto, hasta que punto el éxito en las condiciones laborales actuales, en una ciudad moderna como Buenos Aires, realmente depende de rasgos de carácter como la “audacia, la perseverancia, la tolerancia a los riesgos, una elevada estima de sí, el desarrollo de un elevado nivel de iniciativa, la capacidad de aprender de la experiencia y lo que se puede considerar como un cierto talento político que habilita para negociar buenas condiciones de trabajo o promociones laborales.”(5) Condiciones que considero podrían ser importantes pero no determinantes del éxito laboral, el cual no es de ninguna forma independiente del origen de clase.

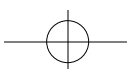
En este sentido, el análisis de las formas de socialización características de los sectores populares y sus diferencias con respecto a la socialización de los sectores medios o medio-altos, pareciera ser fundamental para comprender como se entretejen la historia familiar individual, los procesos de constitución de la identidad de género y los logros o fracasos laborales en el espacio público. De acuerdo con Lorenzer (1973), en los estratos inferiores de la sociedad, las formas de socialización predominantes tienden a imponer el orden y la obediencia incondicional a la autoridad, así como la ruptura de las formas de resistencia posibles mediante el castigo directo y la violencia física, condiciones que se encuentran determinadas por formas de interacción con una “fuerte raíz emocional”. En las capas medias las formas de socialización estimulan, por el contrario, la discusión y la reflexión sobre las diferencias y los



conflictos emergentes a partir del acceso al esclarecimiento entre las formas problemáticas de interacción y los valores sociales compartidos, predominando más bien una “socialización distanciante”, donde las vivencias emocionales pasan a un segundo plano. En relación con estas diferencias en las formas de socialización, afirma el autor:

Si al “niño de clase media” le son *mostrados* los órdenes de valores y sus representantes institucionales, la socialización de los estratos inferiores, amputada de la reflexión, constituye el terreno más fértil para el desarrollo de una adaptación resignada a la jerarquía dominante, al hecho de estar excluido de las decisiones de planificación y al “trabajo despojado de sentido”, que caracterizan la situación del obrero. (ob. cit., 131).

Si bien estas afirmaciones no dejan de ser problemáticas, por estar impregnadas de generalizaciones y prejuicios de clase que bloquean el desarrollo de una comprensión social crítica, nos brindan un punto de partida fundamental para abordar las particularidades que caracterizan las formas de socialización de acuerdo con la pertenencia a clases sociales diversas. Condiciones que habría que estudiar de acuerdo con la realidad histórica, social y cultural particular de las sociedades latinoamericanas. A partir de estas diferencias, se podría afirmar que la comprensión de los “efectos accidentales de cuestiones macrosociales” y su relación con la “construcción histórica de cada sujeto”, no podría dejar de lado las condiciones de socialización propias de los orígenes de clase, ni tampoco las condiciones estructurales y coyunturales que determinan las condiciones laborales en una época histórica determinada. Condiciones que de ningún modo se podrían considerar accidentales. De otra forma el desempleo y el fracaso laboral o académico parecieran quedar a merced de condiciones subjetivas, que si bien son fundamentales, como sostiene la autora, nunca se constituyen de forma independiente de la realidad social objetiva, en la que está inserto el sujeto. En otras palabras, por un lado, estoy totalmente de acuerdo con la autora, en que la presencia real del padre y su capacidad de convertirse en un modelo de identificación en la constitución de la masculinidad de su hijo, son condiciones primordiales que pueden facilitar u obstaculizar las experiencias de éxito laboral en los hombres. Por otro lado, considero que el éxito y la productividad del padre no son condiciones suficientes para el desarrollo de la autonomía, la confianza en sí mismo y la autoestima del hijo. La relación padre-hijo pareciera estar mediada por condiciones mucho más complejas, donde a menudo el éxito de los hombres pasa por un distanciamiento y abandono simbólico de las relaciones familiares, una reducción de la paternidad al rol de proveedores económicos y una búsqueda de prestigio, reconocimiento social y poder económico, donde los hijos quedan en un lamentable segundo plano. Un lugar que puede desencadenar a veces condiciones de socialización trágicas para los hijos. En este sentido, me pregunto de qué forma el éxito y la productividad laboral, actualmente se siguen sosteniendo, de acuerdo con Bourdieu (1998), en la necesidad com-





pulsiva por defender el honor (el prestigio y el reconocimiento social) y mantener la virilidad, no sólo como capacidad reproductora, sexual y social, sino también como aptitud para el combate, la violencia y el éxito, como por ejemplo, en la forma en que se asumen la competencia social y laboral predominantes. La virilidad como rasgo fundamental de la masculinidad se instaura en el sujeto, de acuerdo con el autor, sobre la base del ejercicio del poder a partir de la violencia física y simbólica, que debe ejercerse sobre los otros, ya sean las mujeres, los niños y los ancianos, en el espacio privado, o los hombres y las mujeres –recién insertas de forma masiva– en el mundo público. La claudicación laboral, que como afirma la autora aflige a una gran cantidad de hombres en las sociedades contemporáneas, se vive a menudo mediante una sensación intensa de pérdida de la masculinidad en tanto virilidad y, como consecuencia, una vivencia de castración asumida como feminización. El grado en el que esta experiencia “se padece o se goza de modo inconsciente,” más que un problema especulativo, me parece que implica la necesidad de explorar de qué forma las experiencias subjetivas en torno a la identificación masculina se entretajan con las condiciones sociales y laborales, propias de una coyuntura histórica determinada. Donde la subjetividad individual y la objetividad social coexisten de forma inseparable. Donde los trastornos psíquicos no se pueden comprender solamente o, específicamente, desde las condiciones subjetivas que marcaron la historia familiar del sujeto sino a partir de una sobredeterminación de condiciones sociales, culturales e históricas, múltiples y complejas que coexisten de forma indisoluble.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1998), *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.

Lorenzer, Alfred (1973), *Base para una teoría de la socialización*. Buenos Aires, Amorrortu.